

Enrique BERNARDO NUÑEZ

Un poeta y
un panfletista



EDITORIAL BOLIVAR
Carrera 6.a, número 272--Bogotá
MCMXXVIII.



UN POETA Y UN PANFLETISTA

Bogotá, octubre 24 de 1928.

Para referirme al joven Carnevali, «el fuerte y dulce muchacho» como le llaman los diarios bogotanos, (1) tengo que vencer ciertos escrúpulos. En primer término, los revolucionarios venezolanos al distribuir los papeles con una arbitrariedad sospechosa, se han reservado para sí virtudes esenciales: honradez, dignidad, patriotismo, aunque arrastren por el lodo el nombre mismo de la patria. En segundo lugar el arma del libelo esgrimida por ellos como única razón de ser, la manejan en tal forma, que apenas sirve para asustar niños de pecho o para entusiasmar farmacéutas y barberos discípulos del señor Vargas Vila. Todos parecen contradecir con su actitud el respeto a la libertad que dicen profesar y basta que un ciudadano en uso de sus derechos se permita expresar

(1) En Venezuela decimos fuerte y dulce como guarapo.

ideas contrarias al dogmatismo revolucionario para verlos prorrumpir en un lenguaje de injurias, procaz y tremebundo.

Indudablemente la misión de Carnevali es más fácil, puede parecer más brillante al gran público: es un agitador, se muestra envuelto en la flamígera túnica de los rebeldes. Por mi parte, a los que esperan un silencio bajo pretendidas amenazas, les diré que he sido siempre devoto de los que sucumben en cumplimiento de su deber, así sea un navegante, un soldado o simplemente un periodista. No hay que temer al lodo ni a la adversidad.

Dispuesto así a oír el tropel de injurias infamantes que con furor epiléptico corre desde Bogotá a Barranquilla y a Nueva York, me voy a permitir hacer un breve comentario en torno del «fuerte y dulce muchacho». Es un comentario muy personal, sin el estilo de perdona vidas propio de él y de estos y aquéllos representativos. Por otra parte, mientras tejan a prisa el manto de infamia no se interrumpe para mí aquella serenidad espiritual de la que derivamos el mayor beneficio. Yo sé olvidarme de tantas cosas que pretenden entristecernos la vida y mientras tenga una lámpara y unos libros he de encontrar la razón y la dulzura de vivir.

CARNEVALI ERIGE SU ESTATUA

En este momento Carnevali trata de fijar su fisonomía en la historia. Cuando algún ciudadano futuro le contemple en una estatua «petrificado para siempre», se verá asaltado de

pensamientos contradictorios. Esa figura es la de un poeta de inspiración a veces diáfana. Bogotá, tierra de poetas, le trató en gran poeta, lo cual nunca pudo ser. Echaba de menos sus veinte años, amaba las muchachas en flor, la guitarra y el potro aragüeño. Era a la vez intolerante, fanático y por tanto enemigo de la libertad, pues apenas la admitía donde su persona e ideas tuviesen absoluto predominio. Algunas ciudades de América conocieron ese tormento, ese furor del desterrado de sí mismo, de ese lírico apóstol de la dictadura. Por una contradicción, que suele causar efectos semejantes al de las drogas prohibidas, le creyeron libertador y mártir; pero sólo él mismo conocía el fin de sus planes, que era como el de todos los revolucionarios, derribar cabezas ajenas.

Con todo, tenía ese lado débil, que le hacía parecer humilde, a veces casi pueril, cualquiera dijera modalidad de poetisa menor de edad. El lado terrible de aquel trovero apenas podían conocerlo los espíritus serenos, muy raros en aquella época. ¿Quién iba a creerlos? Ellos permanecían serenos, relegados al olvido y con la sonrisa en los labios, la mejor defensa de las locuras colectivas. Por eso no deja de sorprender que él hubiese podido dolerse de la suerte de un pobre tordo, de ese tordo emblemático grabado al pie de la estatua.

EL TORDO

Dado el carácter del joven Carnevali, bien puede afirmarse que él fue el verdadero y úni-

co autor de la muerte del tordo. Su sensibilidad irritable no le permitía ser amigo del pajarillo que con el alba y el atardecer visitaba, según refirió alguna vez, la celda del prisionero. El pájaro le parecía de mal agüero. En el alma del poeta de la «guitarra pequeña» de una sola cuerda, germinaron instintos feroces y en seguida comenzó el diálogo de esos dos seres igualmente verdaderos que esforzadamente combaten dentro de nosotros. El poeta fue vencido por el político y el pobre tordo quedó sentenciado. Un buen día le tomó entre las manos y con suaves caricias le torció el cuello. El poeta lloró lágrimas amargas, pero el político comenzó a sonreír triunfalmente. Para conseguir la paz uno permitió al otro escribir la elegía del pajarillo. Sí, no puede dudarse: fue él y sólo él el ejecutor del pobre tordo.

Y el paseante solitario sonreirá irónicamente en medio de estas reflexiones ante la estatua de yeso bronceado.

LOS PANFLETOS

En *Les Entretiens de l'imperatrice Eugenie*, libro recientemente publicado por Maurice Paleologue, éste dice a la ilustre dama: «el período injurioso y panfletario ha concluido para el reinado de Napoleón III. Las maldiciones de Víctor Hugo hacen sonreír».

Es la suerte común de los panfletos. Se les ve arrimados a las vitrinas de un museo o descoloridos en los anaqueles de las bibliotecas. Para las generaciones nuevas, arrastradas por ideales y preocupaciones nuevas, tienen apena

un interés relativo. Se leen por curiosidad, con la sonrisa de quien ve a un niño bravo, pues la cólera de los panfletarios tiene mucho de infantil. El tiempo se encarga de dar una fisonomía más justa y benévola a los que el libelista creyó condenar a eterno oprobio. Acaso la posteridad disiente enteramente de criterio.

Los panfletarios se creen dueños de vidas y honras; del presente y de lo porvenir. Ellos mismos se pintan con un látigo en la mano, poseídos de furor sagrado y se refieren con toda seriedad y no escasos de modestia a la picota, al Sinaí, al hierro candente de sus plumas.

Un panfletario revela inmediatamente la alta idea que tiene de sí mismo; la superioridad evidente que supone en él con relación a los demás hombres y particularmente a los contemporáneos a quienes hace el honor de vivir. Pero su cólera queda embalsamada en naftalina. En nuestros medios tropicales los panfletistas se dan exhuberantes y espontáneos y cuentan con innumerables admiradores. Para ellos la mejor forma de pensar es la injuria y sólo así creen asegurada la libertad de pensamiento. El panfletista infantil encuentra su admirador infantil. Ambos tienen el candor infantil de los pueblos primitivos.

El panfleto es una caricatura escrita. Pero la caricatura puede ser ingeniosa y el insulto en la mayoría de los casos no lo es. Además el insulto es contraproducente y por su misma índole pierde toda autoridad.

Hace más de medio siglo—véanse las colecciones de la Biblioteca Nacional de Colombia—

los periódicos colombianos, al tratar los asuntos de Venezuela, tenían el mismo lenguaje que en 1928. Generales y burócratas asilados decían lo mismo de Guzmán Blanco que del Presidente Gómez y los periodistas granadinos sentaban a su sabor cátedra de democracia a costa del Estado vecino, del «Cuartel» como han dado en llamarlo. Es una literatura antigua que no evoluciona. Los pobres generales criollos, muchos de los cuales no han tenido tiempo de estudiar historia antigua, aparecen allí como «procónsules», «césares», «esbirros», o «sátrapas». Un hombre cogido con las armas en la mano o en una conspiración lanza este grito trágico: «esbirros»! El efecto es completo. Ese vejamen externo que Venezuela sufre de sus propios hijos es lo que ha formado en torno de ella una leyenda negra.

Muchas contradicciones podrían apuntarse en los panfletos actuales y las noticias de prensa; pero además de ser muy largas semejantes apreciaciones no constituyen el objeto de este artículo.

Refiérese que Napoleón III al leer el panfleto de Victor Hugo, «Napoleón el pequeño», exclamó sonriente: «aquí tienen ustedes a Napoleón el pequeño por Victor Hugo el grande». El poeta de «Los Castigos», exasperado de aquella actitud, contestó con nuevos ultrajes. Sin embargo, Napoleón sonríe aún.

Si esto sucede con el que fue dueño de todas las cuerdas de la lira ¿qué no pasará con los panfletos del hombre de la cuerda sola,

de la poesía aguarapada en la guitarra pequeña? (1).

EL «BANDIDO» GÓMEZ

Dentro de cien ¿qué digo? dentro de cincuenta años la historia considerará con un criterio distinto al Presidente Gómez. El alma vigorosa de ese hombre que encarna veinte años de historia nacional adquirirá rasgos más salientes y humanos. Sus enemigos aspiran a que él se deje derribar para ellos a su vez tomar el poder. El General Gómez no complace a los revolucionarios que esperan su hora y le llaman «bandido». Es un vocablo bello, heroico y terminante. Pero la política tiene otros fundamentos. El Presidente Gómez es el jefe de un Estado soberano con derecho a darse el gobierno que crea conveniente, pésele a los periodistas de Bogotá que confieren a la prensa extranjera el derecho de tratar asuntos internos de los demás países con libertad idéntica. El Presidente Gómez es un político bastante hábil a quien no intimidan palabras ni amenazas. Se ha señalado sobre todo por una gran firmeza, por una extraordinaria firmeza de carácter. El también puede sonreír ante la palabra «bandido» que le aplican algunos de sus compatriotas en unión de gente intervencionista. ¿Palabra heroica? No, cómica.

(1) No combato aquí las ideas de Carnevali, simples glosas de lo que se ha venido escribiendo desde hace veinte años contra el Gobierno de Venezuela. Dejaré constancia de mis ideas políticas relacionadas con el momento en el folleto *Frente a la Revolución* que publicaré oportunamente.

UNA NOTA PERSONAL

Al referirse uno a seres que llevan en sí la manía autobiográfica y suspiran por un capítulo en el Almanaque Hispano-Americano, se corre el riesgo de incurrir en la misma falta, residuo del romanticismo. No puedo sin embargo omitir esta pequeña nota que los lectores disculparán.

Cuando mi Gobierno tuvo a bien honrarme con el cargo de Secretario de esta Legación por intermedio del señor doctor Pedro Itriago Chacín, jurisconsulto eminente de cuyo patriotismo blasona la Cancillería venezolana, realicé la aspiración de servir a mi patria de un modo directo, por ella y para ella, atento sólo a sus intereses. No tuve en cuenta emolumentos o satisfacciones personales como lo insinúa el joven Carnevali. Anda por ahí un término en boga, «asalariado». Es, después de todo, una esperanza. Probablemente ellos van a servir gratuitamente cargos públicos a costa de sus considerables peculios personales.

Siempre ha sido labor funesta minar los valores morales de un país. Ella constituye un daño peligroso y humillante para la nación que la sufre. De ahí esta actitud muy espontánea—es preciso dejar constancia de ello—y la cual sí constituye un deber ineludible en quienes tengan por encima de toda conveniencia el decoro y el honor de la patria.

Enrique BERNARDO NUÑEZ